

Memorias de un inútil

Emilio Morote Esquivel
1^{er} Accesit categoría senior

Cuando yo nací, papá hacía tiempo que había muerto, unos dos meses, pero, una vez tuve uso de razón, mamá se encargó tantas veces de enseñarme fotos que era como si siempre lo hubiera tenido en casa, jugando conmigo, como jugaban las niñeras y las criadas que había por el chalé del barrio Las Gaviotas, que era un barrio residencial donde difícilmente podías encontrarte alguien que no fuera como nosotros.

Nosotros, me lo decía mamá desde pequeño, no somos como la gente que sale por la televisión, que tiene que pasarlo mal para conseguir un empleo de esos que hay que estar ocho horas diarias por mil euros al mes, y luego llegar a casa y pagar un montón de cosas con tan poco dinero que se hace difícil imaginar cómo lo logran sin morir de hambre. Pero ya me lo decía mamá: hijo, no te preocupes de la gentuza, porque ellos no se preocuparían por ti si estuvieras en su lugar; pero qué digo -seguía contando mamá-, nosotros cómo vamos a ser nunca como ellos, nosotros somos de otra pasta.

En el colegio que fui, el de los curas, estuve hasta los trece años, y me costaba mucho aprobar las asignaturas. Había un chico que se sentaba a mi lado, que le dejaban ir al colegio de los curas sin pagar porque sacaba muy buenas notas en todo y aquello era como una limosna que le daban por ser buen estudiante. Era un pobre desgraciado, muy listo, sí, pero sin ningún dinero en el bolsillo con el que comprar refrescos con los otros compañeros. Yo le propuse un trato: que yo le daba dinero si él

me ayudaba con los deberes. Así que se vino a casa varias veces, y el pobre diablo se quedaba alucinado con el jardín, y con la caseta de los perros, que yo pienso que tenía más lujos que su propio piso de cincuenta metros cuadrados. Nunca llegué a entrar yo en su casa, pero un día que le acompañé por aquello de la curiosidad de ver de cerca cómo viven los pobres, me quedé sorprendido al contemplar por fuera el edificio de veinte plantas con toldos de lona multicolor en los minúsculos balcones y ventanas de madera semipodrida, y también me sentí muy perplejo al escuchar desde la calle los gritos de madres llamando a sus hijos (eran como hembras de algún animal inferior dirigiéndose a su camada, eso pensé), de manera que le dije que mejor me quedaba fuera porque me había surgido prisa, pero la verdad era otra: que no me apetecía lo más mínimo entrar en un edificio que, no sé por qué, me parecía que olía como a coles hervidas o algo por el estilo, vaya usted a saber por qué pensé eso, cosas de la mente, digo yo, pero al piso del chico pobre no volví nunca.

Por cierto que el chico pobre se llamaba Gerardo, y como digo estubo bastantes años ayudándome a sacar las asignaturas en el colegio de los curas, que si no es por él no sé yo lo que hubiera pasado, porque claro, podíamos haber contratado a un profesor o dos o tres para que me dieran clases particulares, pero eso me hubiera quitado puntos ante mi madre. Yo prefería que ella pensara que yo era un chico listo, o por lo menos medianamente listo (entonces era muy joven e inocente, y pensaba que se podía engañar a una madre), y Gerardo se encargó de ello y bien. Para corresponderle, yo lo llevaba a casa algún fin de semana y nos bañábamos en la piscina climatizada

que había en el pabellón, que Gerardo no se lo podía creer que fuera para nosotros solos y que no tuviéramos que compartirla con nadie más, como ese asco de piscinas públicas donde se baña tanta gente, yo no sé cómo pueden, la verdad, me entra repelús sólo de pensarlo.

En el instituto fue casi lo mismo que en colegio porque coincidí con Gerardo, y el chico también me ayudó en lo que pudo, pero finalmente me adelantó de curso, porque yo tuve que repetir dos veces, y entonces mamá se fue a hablar con el director del instituto, y como no se quedó contenta con lo que le dijo de mí, me cambió a un colegio privado donde también se estudiaba bachillerato y que se llamaba los Angelistas. Allí aprobé sin ningún problema, no tenía que esforzarme nada y me lo pasé muy bien porque ya había chicas, y aunque no era yo muy lanzado, las tías se me acercaban porque yo ya me había sacado el carné de conducir e iba a clase con el descapotable de papá, que estubo cogiendo polvo en el chalé de Las Gaviotas hasta que yo tuve edad para llevarlo. Eso fue un año antes de entrar en la universidad. Y en la universidad las cosas fueron un poco lentas, la verdad, tardé como doce años en sacar Derecho, pero bueno, finalmente lo conseguí y mamá me pagó un viaje a Méjico para celebrarlo. Estuve como dos meses en Distrito Federal y me lo pasé bomba. Conocí a varias chicas. Lo malo fue cuando volví a España, que no sabía qué hacer.

Primero mamá llamó a un amigo suyo para que me metieran en la universidad de profesor. Yo le dije que no era buena idea, pero ella me replicó que qué era aquello de ser dertotista, que ella conocía a memos totales que daban clase, que por qué yo no iba a servir. Es cierto que había una tía medio tonta que era, además, esposa de un juez

corrupto, y los dos impartían lecciones de Derecho en la universidad, pero a mí aquello se me hacía un poco grande. Sin embargo no dije nada, de todas maneras cuando a mamá se le metía algo en la cabeza mejor era dejarla. Total, que fui allí a enseñarles a los chicos lo poco que yo sabía. Como había tardado tanto tiempo en sacar la carrera, era mucho mayor que ellos, pero algunos me conocían y también mi fama de lento en los estudios. Sin embargo, como dependían de mí porque era yo el que les ponía las notas, pues no decían nada y se callaban y me seguían la corriente. Yo les daba lecciones de unos apuntes rancieros que había conseguido de un catedrático jubilado. Se los pidió mamá como un favor, y lo malo era que algunos de los capítulos estaban ya obsoletos, porque se habían promulgado leyes nuevas que derogaban a las antiguas, pero yo se los dictaba igual y les dije desde el primer día que o se atenían al programa o les suspendería. Me convertí en un tirano, la verdad, durante todos aquellos años que estuve por allí.

Luego vino la oportunidad de entrar en el juzgado, pero de juez, claro, no iba yo a ser auxiliar administrativo o alguna cosa de esas cutres que hay por allí. Mamá me dijo que había hablado con el Presidente de la Audiencia, un amigo de papá, y que ya había firmado los papeles para que yo entrara de juez sustituto. Le dije a mamá que si podía seguir dando clases, y ella me contestó que claro, que como eran por la tarde y de juez se trabaja sólo por la mañana y muy poco, que no había ningún problema. En el juzgado me lo pusieron fácil porque esos auxiliares y oficiales eran todos unos pobres arrastrados que se desvivían por caerme bien. Enseguida me di cuenta de qué iba aquello. Ellos cobraban dinero por todo

al público que iba allí, y yo no tenía más que hacer la vista gorda y a cambio ellos me sacaban el trabajo. Las sentencias me las hacía Manolo, un auxiliar que era de un pueblo cercano y que estudiaba Derecho a distancia. Yo leí tres o cuatro de las primeras y luego ya no las volví a leer más, las firmaba por un barbecho.

En el juzgado el tiempo pasaba volando, y cuando me quise dar cuenta ya me había casado y tenido cuatro hijos con Sara, una jueza, también sustituta, que igualmente daba clases en la universidad. Mamá había hablado con sus amigos y había conseguido que no pidiera mi plaza ni la de mi mujer ningún juez con oposición aprobada. Mamá me dijo que lo iba a arreglar de un modo definitivo, que iba a hacer que yo aprobara la oposición, y Sara también, pero sin tener que estudiar los mamotretos que te pedían en el tribunal. Aquellos libros de Derecho eran demasiado para mí. Lo que me gustaba leer de verdad era la prensa deportiva, con eso sí que me lo pasaba bien, leyendo tranquilamente los resultados de fútbol en el despacho mientras Manolo se encargaba de mandar a unos a la cárcel y de absolver a otros.

Manolo acabó Derecho y se estaba preparando las oposiciones para juez, pero claro, le faltaba lo primordial, y no aprobaba. Era un chico aplicado, eso sí, no había más que ver cómo redactaba las sentencias, que daba gusto firmarlas. Pero que no, que lo de juez es para gente como los que vivíamos en el chalé de Las Gaviotas, no para hijos de obreros de la construcción.

Un día se presentó en el juzgado nada menos que Gerardo, mi compañero de colegio de la infancia, que hacía años que no lo veía. El tío había prosperado. Por eso lo recibí, claro, que en mi

despacho no entraba ningún cantamañanas. Hay mucha plebe que quiere vernos a los jueces, pero yo y mis compañeros solo atendíamos los casos verdaderamente importantes. Gerardo me dijo que se había hecho arquitecto y que había firmado unos planos que no cumplían las condiciones, y entonces el edificio se había venido abajo y había matado a cuarenta personas. Yo le dije que no se preocupara, que yo movería los hilos. Así que llamé a mamá y le conté el caso. Ella se puso a hacer llamadas y finalmente a Gerardo no le ocurrió nada, apenas una separación del cuerpo de arquitectos por tres meses, pero poco más.

La sentencia, cómo no, la redactó Manolo.

Y fue Manolo, finalmente, quien me tuvo que buscar problemas. Resulta que ahora que veía que nunca iba a ser juez, había decidido que ya no le hacía falta el tiempo extra que yo le concedía para estudiar, o sea que no necesitaba ningún favor de mí. Y yo no sé qué se creyó el tío, que empezó a remolonear con lo de redactarme las sentencias. Claro, ¡como ya no le hacía falta tenerme contento! Hay que ver qué mala es la gente y qué interesada, me decía yo mientras me enfrentaba al problema de poner sentencias, cosa que no había hecho en todos aquellos años en que yo y mi mujer llevábamos de jueces fijos (gracias, mamá) y mis chicos habían empezado ya dos de ellos a ir a la universidad a estudiar, cómo no, Derecho.

Y cómo decirlo. Acabé metiendo la pata, porque absolví a uno que había violado a la nieta de un senador, una que era actriz y que tenía una hermana abogada. La cosa se infló por culpa de la prensa y se armó una que no veas, así que me acojoné, porque pidieron responsabilidades algunos abogados amigos de la nieta del senador. La gente me señalaba por la calle y fue un tiempo

verdaderamente horroroso para mí. Conseguí una baja por motivos nerviosos de un médico amigo de mamá y luego mantuve una conversación con ella y le expliqué mi situación. Ella me dijo que obligara al tal Manolo a que me volviera a hacer las sentencias, ya que yo era incapaz de redactarlas y mucho menos de estudiar los casos que se presentaban en el juzgado.

Y eso hice. Llamé a Manolo a mi despacho y le expuse la situación: o me hacía las sentencias o yo le hacía a él la vida imposible. Tenía cierta práctica en eso, de mi trabajo en la universidad. Ya me habían salido en todos aquellos años algunos alumnos respondones a los que amargué la existencia de tal modo que tuvieron que pedir traslado de expediente universitario a otra ciudad. Manolo al principio aguantó un poco, pero en cuanto se dio cuenta de que la sartén por el mango la tenía yo, transigió y se puso a redactar sentencias como antes: a destajo.

Entonces se presentó Gerardo por segunda ocasión. Y ésta con un problema casi tan grave como la vez anterior. Hubo menos muertos, pero muchos más afectados, porque en una zona de viviendas pobres se habían utilizado, bajo su dirección, materiales tóxicos que habían producido enfermedades de la piel y respiratorias a lo menos quinientas personas, y todos estos imbéciles se reunieron en una especie de comunidad de afectados, contrataron a unos abogados caros de Madrid y se vinieron para esta ciudad a darnos dolores de cabeza. Gerardo estaba desesperado, pero yo quería quedar bien, así que llamé a mamá y le expuse el caso, y ella me dijo que la cosa estaba difícil. En esta ocasión, como en la otra, el asunto cayó en mi juzgado, y yo, sin esperar a que mamá ultimara sus gestiones, encargué a Manolo

el asunto de la sentencia. Ese día, como todos los demás, firmé los papeles que me pasó Manolo sin mirarlos, incluida la sentencia del *caso Gerardo*, como yo lo llamaba para mis adentros.

La cosa la verían ustedes por la prensa. Resulta que Manolo me la jugó, porque no solo no absolvió a Gerardo, sino que lo condenó a veinte años de cárcel. La verdad es que por un lado me vino bien, porque la prensa que antes me había puesto verde por lo del violador aquel de la nieta del senador, ahora me alababa por mi criterio independiente y mi ética sin fisuras (la frase es de un periodista que vino a hacerme preguntas). Incluso en la universidad me felicitaron y me estrecharon la mano algunos de los catedráticos más sobresalientes por mí, dijeron, leal proceder en la aplicación de la justicia.

Lo malo es que mamá también acabó en la cárcel. Resulta que ella y Gerardo habían realizado negocios juntos en la construcción. Yo no lo sabía, pero ambos se habían hecho amigos desde mi época en el instituto, y mamá, que había visto en Gerardo una brillantez intelectual que a mí siempre me había faltado, le cogió cariño, y sin decirme nada en absoluto lo estuvo ayudando durante años. Mamá se había dedicado siempre a los negocios, claro, pero yo nunca le había preguntado nada, porque me bastaba con ver que el dinero entraba en casa a sacos y que nosotros no teníamos que partimos el espinazo como los pobres que viven en pisos de esos que se desmoronan o que producen enfermedades respiratorias. El caso es que mamá se había implicado con Gerardo en el asunto de los pisos tóxicos, como lo llamó la prensa, y como no me había dicho nada en absoluto cuando la llamé - se ve que le daba algún tipo de reparo admitir su vinculación con mi amigo de la infancia-, la

sentencia condenatoria sobre Gerardo la acabó arrastrando a ella (y a otros como ella) en una especie de represalia general que era más bien una búsqueda de cabezas de turco.

Y eso es todo. Mamá lleva ahora diez años en la cárcel. Sale de cuando en cuando y yo le permito que vea a sus nietos, que ya son bastante mayores. Uno de ellos se ha hecho juez como yo. Lo metí yo mismo, pues aprendí bastante de mamá en estos años. El Presidente de la Audiencia no puso pegas. A los otros los tengo repartidos en diversos cargos públicos de cierta importancia: uno es director de un colegio, otro es delegado provincial de cultura y el último está de profesor conmigo en la universidad. Al final, algún talento de mamá se me tenía que pegar, claro, aunque fuera el de colocar a los inútiles. Por cierto que Gerardo sigue en la cárcel, dicen que ya le queda poco, pero ahora su caso lo revisa otro tribunal, así que yo no tengo demasiado conocimiento de los detalles, ni falta que me hace. En cuanto a Manolo, pidió traslado a su pueblo y no le he vuelto a ver el pelo desde aquello, pero no hay problema: he encontrado a otro estudiante de Derecho que me hace las sentencias tan bien como Manolo o mejor aún. Como es joven y lo trato bien para que cobre lo que quiera al público por las partidas de nacimiento y todo eso, calculo que lo tendré en el juzgado durante los próximos diez años, lo suficiente como para ir pensando en la jubilación. Que todo el mundo tiene que tomarse un descanso, caramba.